

universal, el latín de Italia". El latín como "lingua franca" se hallaba barbarizado, depravado y la sensatez proponía dos vías aparentemente antagónicas, pero no excluyentes: la *Latinitas* y la defensa a ultranza de las lenguas vernáculas y romances. No utilizaron la vía intermedia que era el latín macarrónico de los alumnos de universidad, el latín de cartapacio. Esa era la gran equivocación que el Brocense repudiaba y contra la que clamaba insistentemente con su slogan: "El hablar mal en latín corrompe el latín". Los humanistas más conspicuos de Italia rápidamente trasvasaron su atención al fenómeno de la lengua vulgar italiana con el mismo fervor con que habían trabajado con los manuscritos, los textos clásicos y su devoción por todo lo que nosotros ahora llamamos "Renacimiento". Y lógicamente "las preocupaciones por el latín y su pureza se trasladaron sin solución de continuidad al italiano" (38).

Cuando Pedro Simón Abril habla de que "éste es el método que se utiliza en Francia, Italia y Alemania" (39) está clamando por intentar aclimatar una actitud general en otros países, un *modus operandi* que la originalidad previa de los humanistas italianos había demostrado fecunda, si bien los avatares históricos hicieron que fueran ellos los últimos en gozar de la dualidad lengua-imperio o idioma-nación, frente a la pronta materialización en España de esa condición de unidad nacional que se presuponía para la existencia de una lengua vigorosa. La famosa "tienda" de Nebrija acabó siendo una cadena de grandes almacenes, si bien algunas empresas filiales, me refiero a "Hijos de Nebrija" y "Sucesores del Nebrisense" acabaron vendiendo un material sudado de molde que a muchos compradores no satisfacía, pero que debían adquirir en el mercado como único, por aquello del monopolio de venta. Muchos cuerpos salvó Nebrija aún después de muerto en los hostipales, pero flaco favor hacía a los vivos que en él pedían Horacio, Virgilio y Cicerón, áurea latinidad y no panecillos de "benedicite".

Pues bien, las dos vías de actuación, la *Latinitas* y las lenguas romances, en este caso el castellano, fueron los dos caballos de batalla de Simón Abril y, como se ha notado, de M. Sabuco. De la *Latinitas* da definición Varrón: "*Latinitas est incorrupte loquendi observatio secundum Romanam linguam*" (40). El dilema es obvio: o latinidad incorrupta, perfecta, áurea, o bien lengua vulgar. La singularidad nacional no empece para Simón Abril y Sabuco la valoración adecuada del latín como lengua culta, a cuya didáctica había consagrado Abril su vida. Supervalorar el latín, como se hacía en casi toda Europa, lindando la adecuada utilización como "lingua franca" para degenerar en un falso chauvinismo que llegaba a considerar todo aquello que no estuviera en latín como poco serio, y poco apta la lengua para los temas profundos (41), le parecía a Simón Abril incorrecto.

(38) K. Vossler, *op. cit.*, pg. 138-9.

(39) P. Simón Abril, *La Gramática Griega*, prólogo, Zaragoza, 1586.

(40) Cfr. la paradoja del Brocense "Qui Latine garriunt, corrumpunt ipsam Latinitatem", vid. pg. 856-2, *Minerva*, Lisboa, 1760.

(41) Véase lo que decía Fr. Luis de León en la dedicatoria de sus poesías a D. Pedro de Portocarrero: "A lo cual (escribir en castellano) yo me incliné sólo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda y que no es dura, ni pobre como dicen algunos, sino de cera y abundante para los que la saben tratar".